

La Capilla Sixtina

HOY MAS QUE AYER PERO MENOS QUE MAÑANA

NO sé qué me pasa ultimamente, don Sixto, pero siempre que leo un semanario me da la sensación de que está atrasadísimo con respecto a la realidad. Por ejemplo, su Capilla Sixtina...

—Ya me extrañaba a mí. Ya me veía venir tu carga de jugadora de Rugby.

—Le juro, don Sixto, que le hablo con el corazón en la mano. Ultimamente no da usted ni una. Cuando publica una Capilla Sixtina cachonda se está matando la gente a tiros. Cuando usted se pone grave y da el pésame a todos los españoles, resulta que ya el país se ha recuperado en cuarenta y ocho horas y a rey muerto rey puesto...

—¡Encarna! ¡Ten mucho cuidado con las cuestiones de materia reservada!

—¿Qué he dicho yo? Pero bueno, ¿es que ahora me saldrá usted un Martín Villa cualquiera?

—¡Encarna que te pierdes!

—Se perderá usted. Pues estaría bueno. Yo quería decir simplemente que vamos del frío al calor y del calor al frío a una rapidez superior a la de los semanarios de información. Es el materialismo vulgar, don Sixto. El muerto al hoyo y el vivo al bollo.

—Es inútil que asuma mi papel, Encarna y trate de replicarte. Tienes toda la razón. Por ejemplo. El otro día leo en un diario que el Gobierno se endurece frente a la oposición. Desenfundo la máquina de escribir y tac tac tac ametrallo al Gobierno por su desfachatez. Bajo corriendo la escalera y en el principal veo al señor Gil Lombardes con una segunda edición del mismo diario que yo había leído: el Gobierno suprime la "ventanilla". Coño, Encarna, esto no es serio. Pues me tuve que comer el escrito. Vuelta a escribir la sección. Tac tac tac. Un artículo esperanzado. Corro esta vez más que antes para llegar a TRIUNFO. Entrego el artículo. Cabecea el redactor jefe: "Esto queda muy desfachado. ¿Cómo se te ocurre decir que se conciben muchas esperanzas democráticas cuando Martín Villa acaba de declarar materia reservada precisamente la materia menos reservable?". ¿Ves, Encarna? ¿Comprendes mi drama?

—Lo comprendo. Y no ha terminado. Seguro que cuando esta Capilla Sixtina aparezca desde su tono hasta su información explícita o implícita habrán quedado desfachados.

Felices los dos por haber llegado a un raro punto de coincidencia, llama a mi puerta Marco Antonio Alfonso de los Arroyos. Reparte el hombre abrazos y chispas de felicidad que le salen de la espiral diótrica de sus lentes.

—Todo va fenómeno amigos míos.

—Otro que se descuelga tarde del árbol. Insensato. ¿Cómo se te ocurre ir por el mundo con este talante? ¿Ignoras que han registrado el piso de Juan Luis Cebrían y que a partir de ahora noticias de este tipo nadie sabe si podrán darse?

—Eso pasó a la historia. Todo está resuelto. Lo sé de buena tinta.

No había terminado de decirlo cuando llaman nuevamente a la puerta. Una pareja de funcionarios. Detienen a Marco Antonio por propagar información reservada al poder. Se lo llevan y Encarna y yo nos pegamos al teléfono movillizando a los quinientos mil directores generales que conocemos. Han pasado diez minutos y vuelve a sonar el timbre. Marco Antonio en la puerta.

—¡Una aparición!

—No. Me han soltado. Cuando hemos llegado a la calle otro funcionario ha dicho al que me había detenido que había llegado una contraorden.

—Rapidísima. ¿Por teléfono?

—No. Por telex.

SIXTO CAMARA

Andalucía

La semana de la bandera

SE acuerdan ustedes de lo que fue en Barcelona aquel pleno municipal memorable sobre el uso del catalán? Bueno, pues algo parecido fue en Sevilla el pleno municipal del jueves pasado, el pleno de la bandera. Los concejales designados por los tercios y por el Imperio hacia Dios tienen una perfecta habilidad para saber ponerse de espaldas a los deseos de las ciudades a las que hasta ayer mismo nos repetían que representaban. Uno de estos concejales sevillanos del pleno de la bandera, en la unidad de los hombres y las tierras de España, llegó a decir el otro día: "¿Es que nos queremos amparar en trapos nuevos que no significan nada?". Pues no, señor concejal: nos queremos amparar en trapos antiguos que significan mucho. Lo que pasa es que ha habido unos señores encargados durante cuarenta años de hacernos olvidar—o tratando de hacernos olvidar— lo que esos "trapos" significan.

El pleno se planteaba sobre una propuesta del concejal García Díaz, que insiste que no pertenece a ningún partido, pero que está muy en órbita (Cámara de Comercio, etc.) del PSLA. Este García Díaz fue, con todos los honores para él, la "Marianita Pineda" de la bandera andaluza, cuando en una Feria de Muestras la puso en el mástil más alto hace ya varios años, cuando todavía vivía en España un viejo general. La propuesta, por otra parte, era lo suficientemente cauta para que hubiera pasado: "Que en las festividades y ocasiones solemnes ondeen en las Casas Consistoriales, junto a la bandera nacional, la bandera de Andalucía y el pendón de la ciudad, manteniendo siempre con mayor preeminencia y jerarquía a la primera de las tres enseñas citadas". O sea, una especie de cóctel de banderas, con la paradoja de compensar la verde y blanca de las reivindicaciones andaluzas con el símbolo de la destrucción de la cultura del Sur, como es el pendón conquistador del castellano que tomó a Sevilla como tierra quemada. Me estoy refiriendo, naturalmente, al Santo Rey Fernando III.

Los "patriotas"

Pero la propuesta quedó sobre la mesa. El tercio azul—que todavía nuestros Ayuntamientos están en manos de los tercios azules— iba contra la bandera y lo consiguió. Consiguió que la propuesta fuera retirada por el alcalde sin ser siquiera sometida a votación. Por un alcalde como es Fernando de Parías, que públicamente ha manifestado que él está a favor de "un partido social y liberal"; o sea, por el PSLA. Antes de ser retirada, estos

azules neo-tercios-de-Flandes se deshicieron en palabras "patrióticas", olvidando que quien primero dijo "Viva Andalucía" en público desde que fusilaron a Blas Infante en 1936 no fue otro que don Juan Carlos de Borbón, en el viaje meridional que hizo abrir a la derecha los ojos al regionalismo. No son para ser transcritas—porque también deben existir ultrajes a nuestras banderas regionales y sería incurrir en ellos el poner comillas a estas palabras— las frases que los concejales que antaño frecuentaban la calle Castelar dedicaron a nuestra verde, blanca y verde.

El caso es que, una vez más, el Ayuntamiento de Sevilla cumple a la perfección su antiguo objetivo de estar de espaldas a la realidad de la ciudad. Hasta el Ayuntamiento de Camas, una ciudad-dormitorio situada a cinco kilómetros de Sevilla, nada más cruzar el río, ha decidido poner la blanca y verde en el balcón los días de fiesta. Dije en una anterior crónica que tardaríamos cincuenta y uno o cincuenta y dos días en ver la bandera en nuestras plazas decimonónicas de naranjos y bancos de hierro. Los inasequibles al desaliento van a conseguir que tarde cincuenta y tres días en llegar. Pero la verde, blanca y verde ya está en toda Andalucía.

Claro que nos creíamos que toda la derecha andaluza se había apuntado al PSLA o por lo menos a UNE, que en su manifiesto también se muestra regionalista en Andalucía: "Por una Andalucía mejor en una España mejor", como si fuera el preámbulo de una constitución gaditana. Pero quedan en el Sur (y en el Norte, y en el Oeste, y en el Centro) los flecos de la derecha autoritaria. De la derecha que fusiló a Blas Infante, que ha permanecido en el poder sin siquiera hacer la aproximación al centro. Tanto han tratado de sepultar al regionalismo, que hasta ellos mismos se olvidaron de que mandaron fusilar a Blas Infante. Una de las plumas más leídas de esta derecha autoritaria andaluza ha escrito en estos días de la semana de la bandera, refiriéndose a la verde y blanca: "Es una bandera que no tiene enemigos. Claro que eso desde el punto de vista de la propia bandera es grave. Delata inocuidad. Nadie está dispuesto a derramar su sangre por impedir que ondee en el balcón municipal. Lo cual es índice de que acaso no haya nadie dispuesto a derramarla para que ondee".

Si los hay y los hubo. Uno de ellos se llamaba Blas Infante. Y la derramó el 4 de agosto de 1936 en el kilómetro 4 de la carretera de Carmona. Precisamente en los días en que era gobernador civil de Sevilla un señor que también se llamaba Parías. ■ ANTONIO BURGOS.